

MADUROS EN LA FE.

Ser maduros en la fe y en el amor es uno de los deberes de todo cristiano, Agustín reflexiona sobre esto, por ejemplo, cuando habla de las cinco vírgenes sensatas: “Mas para que sepa vuestra santidad que no es inoportuno dar el nombre de virgen a cualquier alma, de hombre o de mujer, basándonos no en el cuerpo, sino en el alma y en la integridad de la fe, fe por la cual se abstiene de las cosas ilícitas y se ejecutan las obras buenas” (Sermón 93, 4). En otro momento lo dice aún más claro, identificando la virginidad del corazón con la integridad de la fe: “La virginidad de la carne consiste en la pureza del cuerpo; la virginidad del corazón, en la incorruptibilidad de la fe. Luego toda la Iglesia se denomina virgen, y *el pueblo de Dios* se nombra con el género masculino. Ambos sexos son pueblo de Dios, un pueblo y un solo pueblo; y también una Iglesia y una sola paloma. Y en esta virginidad hay miles de santos. Luego las cinco vírgenes representan todas las almas que han de entrar en el reino de Dios. Con razón se consignó con el número quinario (esta virginidad), porque cinco son los sentidos del cuerpo conocidísimos por todos. Por cinco puertas entra algo al alma mediante el cuerpo; o por los ojos, o por el oído, o por el olfato, o por el gusto, o por el tacto entra lo que codicias malamente... Pero, si tú no quieres ser virgen de corazón o pretendes ser virgen del número de las necias, quedarás fuera y en vano llamarás” (Comentario al salmo 147, 10).

Cristianos maduros en la fe son los que usan bien de los dones recibidos, los que saben cantar el cántico nuevo, y que lo cantan de día y de noche, en el sufrimiento y en la prosperidad, que cantan con la voz, con el corazón y con la vida: “Alabemos al Señor con la palabra, la mente y las buenas obras; y le cantemos, conforme nos exhorta este salmo, un cántico nuevo. Pues así comienza: *Cantad al Señor un cántico nuevo*. El hombre viejo canta cántico viejo; el nuevo, cántico nuevo... Todo el que ama las cosas terrenas, canta cántico viejo. El que quiera cantar cántico nuevo, ame las cosas eternas. El mismo amor es nuevo y eterno; es siempre nuevo, porque jamás envejece. Pero, si atentamente lo consideras, esto es antiguo. ¿Cómo es nuevo? ¿Por ventura, hermanos míos, se constituyó ahora la vida eterna? Cristo es la Vida eterna... Todos los que se renuevan en Cristo con el fin de comenzar a pertenecer a la vida eterna, cantan el cántico nuevo” (Comentario al salmo 149, 1). El maduro en la fe cante este cántico en común con los hermanos, en la caridad y en la Iglesia, en la paz: “Este cántico es cántico de paz, es cántico de caridad. Todo el que se aparta de la congregación de los santos, no canta cántico nuevo, pues sigue las huellas de la vieja enemistad, no las de la nueva caridad. ¿Qué hay en la nueva caridad? La paz, el vínculo de la santa hermandad, la trabazón espiritual, el edificio construido de piedras vivas. ¿En dónde está éste? En todo el orbe terráqueo, no en un determinado lugar. Oye esto de otro salmo que dice así: *Cantad al Señor un cántico nuevo; cantad al Señor toda la tierra*. De aquí se deduce que quien no canta con toda la tierra, canta el cántico viejo por más que salgan de su boca cualesquiera palabras... Nosotros cantemos el cántico nuevo. Ya dije, hermanos, que toda la tierra canta cántico nuevo. El que con toda la tierra no canta cántico nuevo, cante lo que quiera, profiera la lengua el Aleluya, cante todo el día, cante toda la noche; con todo, no me arrastrará demasiado el oído la voz del que canta, pues atiendo a las costumbres del que obra. Le pregunto y le digo: ¿Qué es lo que cantas? Me responde: *Aleluya*. ¿Qué significa *aleluya*? Alabad al Señor. Pues ven, alabemos a una al Señor. ¿Por qué discordamos? La caridad alaba al Señor, la discordia le ultraja” (Comentario al salmo 149, 2).

Cristianos maduros en la fe son los que saben escuchar la Palabra de Dios y vivir desde ella, los que a la luz del evangelio y de haber evangelizado su vida, son capaces de emitir juicios de valor sobre las realidades humanas y divinas: “La palabra de Dios, dice San Pablo, es espada de dos filos. ¿Cómo es espada de dos filos? Porque habla de cosas temporales y de eternas, y en ambos casos prueba lo que dice; y al que hiere le aparta del mundo. ¿Por ventura es esta espada de la que el Señor dice: *No vine a traer paz, sino espada*? Ve cómo vino a apartar, a separar. Aparta a los santos, aparta a los impíos, aleja de ti lo que te embaraza... En fin, se acerque la espada de dos filos y ofrezca la promesa de la vida presente y futura, el consuelo de las cosas temporales, y el gozo de las eternas: aquí tenéis la espada de dos filos prometiendo lo temporal y lo eterno” (Comentario al salmo 149, 12). Viviendo así son capaces de hacer el bien, de cantar el cántico nuevo y de alabar de corazón, de palabra y de obra: “Así ensalzan a Dios con su boca, así se alegran en sus lechos, así se regocijan en su gloria, así se alborozan en la salud, así cantan el cántico nuevo, así dicen *aleluya* (alabad al Señor) de corazón, de palabra y de obra.” (Comentario al salmo 149, 16). Es más, viviendo como cristianos adultos en la fe se crea opinión y se hace cultura, produce la paz celeste: “Mas los hombres que no viven de la fe buscan la paz terrena en los bienes y comodidades de esta vida. En cambio, los hombres que viven de la fe esperan en los bienes futuros y eternos, según la promesa. Y usan de los bienes terrenos y temporales como viajeros. Estos no los prenden ni desvían del camino que lleva a Dios, sino que los sustentan para tolerar con más facilidad y no aumentar las cargas del cuerpo corruptible que apesga al alma... Empero, la ciudad celestial, o mejor, la parte de ella que peregrina en este valle y vive de la fe, usa de esta paz por necesidad, hasta que pase la mortalidad, que precisa de tal paz... Posee esta paz aquí por la fe y de esta fe vive justamente cuando refiere a la consecución de la paz verdadera todas las buenas obras que hace para con Dios y con el prójimo, porque la vida de la ciudad es una vida social” (La ciudad de Dios 19, 17).

A veces a los cristianos maduros en la fe los llama Agustín hombres espirituales, hombres y mujeres que han dejado la leche de los niños y comen el alimento de los adultos, aunque, a decir verdad, los hombres espirituales no sólo viven de fe sino también penetran con su inteligencia en el contenido y lo comunican a los otros: “No es considerada de igual manera por los carnales y por los espirituales: para aquéllos es leche, para éstos es manjar, porque, aunque no la escuchen más que los otros, la comprenden mejor que ellos. Unos y otros no comprenden igualmente lo que igualmente reciben por la fe... Quiso que la ciencia de los espirituales tuviese solidez, teniendo conocimientos ciertos, no contentándose con sola la fe; y por esta razón aquéllos creían lo que, además, los espirituales entendían. *Será*, dice, *ignorado* quien lo *ignora*, porque no le ha sido revelado para conocer lo que cree. Y cuando esto sucede en la mente del hombre, se dice que es conocido de Dios, porque Dios le hace conocedor” (Comentario a Juan 98, 2). Se trata de creer en el tiempo de la fe, para que en el tiempo de la realidad podamos disfrutar: “No debes ver lo que has de creer, sino creer lo que has de ver; cree mientras no ves, para que, cuando veas, no te avergüences. Creemos mientras es el tiempo de la fe, antes de que llegue el tiempo de la realidad. Así dice el Apóstol: *Mientras estamos en este cuerpo somos peregrinos lejos del Señor. Caminamos por la fe*. Caminamos por la fe cuando creemos lo que no vemos. Tendremos la realidad cuando le veremos cara a cara como él es. También el apóstol Juan distingue en su carta el tiempo de la fe y el tiempo de la realidad al decir: *Amadísimos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos*. Este es el tiempo de la fe. Ved ahora el tiempo de la realidad: *Sabemos que, cuando apareciere, seremos semejantes a él porque le veremos tal cual es*” (Sermón 38, 3).

Cristianos maduros son llamados también por Agustín los siervos de Dios, en todas las acepciones de siervo, como siervo salvado o liberado: “Por tanto, para decirlo en breves palabras, somos vuestros siervos; siervos vuestros, pero, a la vez, siervos como vosotros-, somos siervos vuestros, pero todos tenemos un único Señor; somos siervos vuestros, pero en Jesús, como dice el Apóstol: *Nosotros, en cambio, somos siervos vuestros por Jesús*. Somos siervos vuestros por él, que nos hace también libres; dice a los que creen en él: *Si el hijo os libera, seréis verdaderamente libres*. ¿Dudaré, pues, en hacerme siervo por aquel que, si él no me libera, permaneceré en una esclavitud sin redención? Se nos ha puesto al frente de vosotros y somos vuestros siervos; presidimos, pero sólo si somos útiles” (Sermón 341 A, 3). Como siervo esclavo “No en balde nos dejó el temor y la esperanza: el temor, para no amar el pecado, y la esperanza, para no desconfiar de alcanzar su perdón; porque *quien comete pecado es siervo del pecado, y el siervo no permanece en la casa eternamente*. ¿Qué esperanza nos queda a nosotros, que no podemos estar sin pecado? Escucha dónde está tu esperanza: *El hijo permanece para siempre*. Si el Hijo os diere la libertad, entonces seréis verdaderamente libres. Esta es, hermanos, nuestra esperanza: vernos libertados por quien es verdaderamente libre, y, libertándonos, nos haga siervos, porque éramos siervos de la concupiscencia y con la libertad nos hacemos siervos de la caridad”(Comentario a Juan 41, 6). Y como siervo servidor: “Pero ¿por qué hemos de buscar en otro lugar qué se entiende por servir a Cristo y no lo hemos de ver en estas mismas palabras? Cuando dijo: *Si alguno me sirve, sígame*, dio a entender que quería decir: Si alguno no me sigue, éste no me sirve. Sirven, pues, a Cristo los que no buscan sus propios intereses, sino los de Jesucristo. *Sígame*, esto es, vaya por mis caminos y no por los suyos, según está escrito en otra parte: *Quien dice que permanece en Cristo, debe caminar por donde El caminó*. Si da pan al pobre, debe hacerlo por caridad, no por jactancia; no buscar en ello más que la buena obra, de modo que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha, esto es, que se aleje la codicia de la obra caritativa. El que de este modo sirve, a Cristo sirve” (Comentario a Juan 51, 12).

También es necesario que nos preguntemos cómo podemos acompañar a personas a la maduración de la fe y Agustín que es un verdadero catequista y pedagogo de la fe, nos presenta algunas pistas interesantes. El método que sugiere y predica Agustín está marcado por el estudio y la búsqueda, por la plegaria y la oración: “Que yo, Señor, te busque invocándote y te invoque creyendo en ti, pues me has sido ya predicado. Invócate, Señor, mi fe, la fe que tú me diste e inspiraste por la humanidad de tu Hijo y el ministerio de tu predicador” (Confesiones 1, 1, 1). La Palabra de Dios, su meditación, ha de ser clave: “Corrígete, escucha la Escritura. No me desprecies como a un hombre que celebra su aniversario; te hablo con palabras de la Escritura: *No tardes en convertirte al Señor*. Estas palabras no son mías, pero son también mías; si las amo, son mías; amadlas, y serán vuestras. Lo que estoy diciendo está tomado de la Escritura; si lo desprecias, se convierte en tu adversario” Sermón 339, 7).

Tenemos necesidad de saber cuáles serían los criterios que guían el crecimiento espiritual de los cristianos, porque sabiendo esto sabríamos el camino de la maduración de la fe y marcaríamos un verdadero itinerario para mantenerse en el camino. Agustín en una reflexión a propósito de la simbología bíblica, escribe una frase que puede servirnos de guía para lo que estamos diciendo, dice: “Nadie es docto si a la razón contradice, nadie cristiano si rechaza las Escrituras, nadie amigo de la paz si siente contra la Iglesia” (La Trinidad 4, 6, 10). El hombre equilibrado y sabio es el que no va

contra la razón, por tanto, la razón es un punto firme de referencia para todo el que se tome en serio la madurez de la fe, recordemos que para Agustín la inteligencia es el fruto de la fe y la relación fe-razón es fundamental en su reflexión: “¿Quiso, pues, por ventura que oyésemos su palabra, pero no quiso que la entendiéramos? Porque, si oír y creer su palabra es la vida eterna, con más razón será comprenderla. Mas la fe es uno de los grados de la piedad, y el fruto de la fe es la inteligencia, que nos hace llegar a la vida eterna, donde no se nos leerá el Evangelio” (Comentario a Juan 22, 2). Agustín nunca renuncia a conocer el contenido de la fe, nunca deja aparte la razón:

Sin la Escritura no se puede ser cristiano, no se percibe ni la belleza ni la trascendencia de la magnífica vocación a la que estamos destinados por Dios, que nos ha hecho a su imagen y semejanza. Es más, sin la Escritura a la misma razón se la priva de la luz que necesita para ver: “Oímos el Evangelio y hemos asentido a El, y por el Evangelio creímos en Cristo, y sin haber visto y sin haber exigido milagro alguno” (Comentario a Juan 16, 3). Agustín está enamorado de la escritura, pero es necesario entenderla adecuadamente: “Según el modo que tiene de hablar la Escritura, así se ha de entender. Tiene su lenguaje propio. El que no sabe esto se extraña” (Comentario a Juan 10, 2), Agustín para explicarnos lo importante que es interpretar adecuadamente la Escritura, nos pone un ejemplo concreto: “Todo el que entiende en las Escrituras otra cosa distinta a la que entendió el escritor, se engaña, sin mentir ellas. Mas, como dije al principio, si se engaña en su parecer, pero no obstante en aquella sentencia edifica la caridad, la cual es el fin del mandato, se engaña como el caminante que abandonó por equivocación el camino y marcha a campo traviesa viniendo a parar a donde también le conducía el camino. Sin embargo, se le debe corregir y demostrar cuan útil es no abandonar el camino, no sea que por la costumbre de desviarse se vea obligado a seguir otro rumbo alejado u opuesto a la verdad” (La doctrina cristiana 1, 36, 41).

Hemos de reconocer, no obstante, que ahí, en la Escritura, todo es armonía: “En las Escrituras, todo es armonía y orden y no hay allí contradicción alguna. Elimina tú también toda contradicción de tu corazón y penetra tu inteligencia la armonía de las Escrituras” (Comentario a Juan 19, 7). Pero a veces en la escritura encontramos oscuridad, porque quiere que nos esforcemos e investiguemos: “No seas insolente censurando de oscuridad o malignidad a la Escritura. Nada hay en ella injusto; y, si hay algo oscuro, no es para que se te niegue su entendimiento, sino para hacer desear lo que ha de recibirse. Luego, si hay algo oscuro, el Médico lo recetó de este modo para que llames; quiso que te ejercitases llamando. Lo quiso así para abrir al que llama. Llamando, te ejercitarás; ejercitado, te harás más capaz; siendo más capaz, percibirás lo que se da. Luego no te indignes porque esté cerrado. Sé afable, sé manso. No te opongas a las cosas oscuras y digas: "Mejor se diría si se dijese así." ¿Cómo puedes decir o juzgar tú el modo como conviene se diga? Se dijo como debió decirse. No cambie el enfermo los medicamentos, pues el Médico sabe recetar como es debido; cree al que te cura” (Comentario al salmo 146, 12).

Sin la Escritura no es posible la maduración en la fe, en las Confesiones Agustín nos indica lo importante que fueron en su itinerario: “Tus Escrituras sean mis castas delicias: ni yo me engañe en ellas ni con ellas engañe a otros... Dame espacio para meditar en los entresijos de tu ley y no quieras cerrarla contra los que pulsan, pues no en vano quisiste que se escribiesen los oscuros secretos de tantas páginas. ¿O es que estos bosques no tienen sus ciervos, que en ellos se alberguen, y recojan, y paseen, y pasten, y descansen, y rumien?” (Confesiones 11, 2, 3). Y más adelante, también en Confesiones,

leemos: “Porque no conocemos otros libros que así destruyan la soberbia... No conozco, Señor, no conozco otros oráculos tan castos que así me persuadan a la confesión, y sometan mi cerviz a yugo, y me inviten a servirte gratis. ¡Que yo los entienda, Padre bueno! Concédeme esto a mí, ya sometido, puesto que para los sometidos las has establecido” (Confesiones 13, 15, 17).

Para Agustín la Iglesia es el criterio para saber lo que tenemos que hacer y lo que tenemos que creer, por eso contra la Iglesia no puede uno ser amigo de la paz, los sentimientos del hombre de paz, abren nuevas perspectivas. Ya había dicho que es la Iglesia la que le decía los textos bíblicos que hay que aceptar como inspirados: “Yo, en verdad, no creería en el Evangelio si no me impulsase a ello la autoridad de la Iglesia católica” Réplica a la carta del fundamento 5). Sobre la Iglesia Agustín escribe mucho y bien, es la maestra y la madre, es el cuerpo de Cristo. Al poco tiempo de su conversión ha escrito una página digna de tener en cuenta, aunque sea un texto grande, creo que merece la pena leerlo y reflexionarlo, dice así: “¡Oh Iglesia católica, verdaderísima madre de los cristianos!, con razón predicas que hay que honrar purísima y castísima siente a Dios, cuya posesión es dichosísima vida; y con igual razón no presentas a nuestras adoraciones criatura alguna a la que estemos obligados a servir y excluyes también de la incorruptible e inviolable eternidad, a la que el hombre debe vasallaje y obediencia y a la que únicamente deber estar unida el alma racional para ser feliz, todo lo que ha sido hecho, todo lo que está sujeto a la mutación y al tiempo, y no confundes lo que la eternidad, la verdad y la paz misma distinguen, ni separas lo que la unidad de la majestad une. Y después de estas sublimes enseñanzas haces de tal manera tuyo el amor y la caridad del prójimo, que en ti hallamos toda medicina potentemente eficaz para los muchos males que por causa de los pecados aquejan a las almas. Tú adiestras y amaestras puerilmente a los niños, con fortaleza a los jóvenes, con delicadeza a los ancianos, conforme a la edad de cada uno, en su cuerpo y en su espíritu. Tú mandas a las esposas que con casta y fiel obediencia obedezcan a sus esposos, no para saciar su pasión, sino para que nazcan niños en el mundo y para el gobierno de la familia. Tú ordenas la autoridad de los maridos sobre sus esposas, no para tratar con desprecio al sexo más débil, sino para dominarle según las leyes del más puro y sincero amor. Tú con una, estoy por decir, libre servidumbre sometes los hijos a sus padres y pones a los padres delante de los hijos con dominio de piedad. Tú, con vínculo de religión, más fuerte y más estrecho que el de la sangre, unes a hermanos con hermanos. Tú estrechas con apretado y mutuo lazo de amor a los que el parentesco y afinidad une, respetando en todo los lazos de la naturaleza y de la voluntad. Tú enseñas a los criados la unión con sus señores, no tanto por necesidad de su condición, cuanto por amor del deber. Tú haces que los señores traten con más dulzura a sus criados por respeto a su sumo y común Señor, Dios, y les haces obedecer por persuasión antes que por temor. Tú, no sólo con vínculo de sociedad, sino también de una cierta fraternidad, ligas a ciudadanos con ciudadanos, a naciones con naciones; en una palabra, a todos los hombres con el recuerdo de los primeros padres. A los reyes enseñas a mirar a los pueblos y a los pueblos amonestas que obedezcan a los reyes. Enseñas con diligencia a quién se debe honor, a quién afecto, a quién respeto, a quién temor, a quién consuelo, a quién amonestación, a quién exhortación, a quién corrección, a quién represión, a quién castigo, mostrando cómo no se debe todo a todos, pero sí a todos la caridad, a ninguno la ofensa” (Las costumbres de la Iglesia católica 1, 30, 62-63).

No se puede ignorar que la Iglesia enseña la verdad y en ella encontramos la Escritura y que junto a la razón forman una triada que es necesario siempre tener en

cuenta: Razón, Escritura e Iglesia son los tres pilares para hacer un camino de maduración en la fe

Ser maduros en la fe se nota, es decir, tiene sus repercusiones en la vida diaria y es que la fe juega un papel muy importante en la vida humana, ya que no basta con el asentimiento a unas verdades, se necesita la adhesión confiada a Cristo, lo que Agustín llama creer en Cristo, porque “no se trata de una fe cualquiera, sino de la fe que actúa por el amor. Exista en ti esta fe, y comprenderás la doctrina. ¿Qué comprenderás? Pues que esta doctrina no es mía, sino de quien me envió; es decir, comprenderás que Cristo, el Hijo de Dios, que es la doctrina del Padre, no es de sí mismo, sino que es Hijo del Padre” (Comentario a Juan 29, 6). En la vida práctica es imprescindible creer en la revelación, para que se de la fe y la caridad, “porque no se puede amar aquello que no se cree que existe” (La doctrina cristiana 1, 37, 41), pero es necesaria también la fe recta: “Todo el que conozca *que el fin de la ley es la caridad que procede de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe no fingida*, refiriendo todo el conocimiento de la divina Escritura a estas cosas, dedíquese con confianza a exponer los libros divinos. Al nombrar el Apóstol la caridad añadió *de un corazón puro*, para dar a entender que no se ama otra cosa, sino lo que se debe amar. A esto junto *la conciencia buena*, entendiendo la esperanza, pues el que siente el remordimiento de una mala conciencia desespera de llegar a conseguir lo que cree y ama. Por fin, exige *una fe no fingida*, porque si nuestra fe es sincera no amaremos lo que no debe amarse, y, por tanto, esperaremos con rectitud que de ningún modo se engañe nuestra esperanza. Hasta el presente he hablado de las cosas tocantes a la fe cuanto quise decir, según el tiempo y asunto. Me parece que con lo dicho es bastante, porque en otras obras ajenas y mías se dijeron muchas cosas sobre este asunto. Pongamos fin a este libro. En los restantes disertaremos de los *signos* conforme nos concediere el Señor” (La doctrina cristiana 1, 40, 44).

El fundamento de la vida cristiana no es otro que la fe en la salvación de Cristo, de esta manera nos fiamos de Dios y no apoyarnos sólo en nuestras fuerzas: “Si se nos pregunta cuál es el sentir de la Ciudad de Dios sobre cada uno de estos puntos, en primer lugar sobre el fin de los bienes y de los males, ella misma responderá que la vida eterna es el sumo bien, y la muerte eterna, el sumo mal. Y, como consecuencia, que debemos vivir bien para lograr aquélla y esquivar ésta. Está escrito: *El justo vive de la fe*, porque, como no vemos aún nuestro bien, es preciso que lo busquemos por la fe. El mismo vivir bien no lo tenemos de propia cosecha si el que nos dio la fe, que nos lleva a creer en nuestra debilidad, no nos ayuda a creer y a suplicar” (La ciudad de Dios 19, 4, 1).

Agustín, ya lo sabemos es un verdadero pedagogo de la fe, ha sabido transmitir a sus fieles un paquete doctrinal de fe y alentarles para una vivencia seria y comprometida. Cuando habla a sus fieles el discurso se desarrolla según el esquema del Símbolo, pero hemos de reconocer que cuando lo hace desde la historia, es decir, cuando el mensaje cristiano lo presenta siguiendo el camino de la revelación de Dios, que está presentado menos como doctrina y más en su aspecto kerigmático, su forma original de presentarlo es rico en contenido. Lo que hace es explicar, sobre el plano del método, el principio de la encarnación, pero fijándose en los oyentes. Por ejemplo, en La catequesis de los principiantes, el método histórico-kerigmático no excluye el Símbolo de la fe y están presentes todas las verdades del credo, porque de lo que trata es de evangelizar. Para Agustín el Símbolo es la regla de la fe y un resumen del mensaje divino, como se lo dice a los catecúmenos: “Recibid hijos, la regla de la fe que se llama

Símbolo, y al recibirla, escribidla en el corazón para repetirla todos los días: antes de dormir, al salir de casa y al empezar vuestras tareas; que el credo sea vuestra mejor defensa. Nadie escribe el credo solamente para leerlo, sino también para repasarlo. De modo que sea vuestro recordatorio y no permita que el olvido borre lo que ha repetido vuestra diligencia. Tenéis que creer lo que vais a escuchar, y lo que ya estáis creyendo tenéis que proclamarlo también con la voz... Este es el credo que tendréis que repasar y recitar. Las palabras que habéis oído están en la Escritura divina. Pero para que lo recuerden hasta los más torpes, y todos puedan recitarlo, retenerlo y creerlo, ha sido recogido de la Escritura en un texto breve para que todos puedan profesar y saber lo que creen” (Sermón a los catecúmenos sobre el Símbolo de los apóstoles 1, 1).

El Símbolo es la quinta esencia de la fe, es algo así como un espejo en donde poder mirarse; a los catecúmenos, el día que les ha entregado el Símbolo, les dice: “Una vez que lo hayáis aprendido, repetidlo todos los días para que no se olvide: cuando os levantáis de la cama, cuando os entregáis al sueño, recitad vuestro Símbolo, recítadselo al Señor, recordáoslo a vosotros mismos, sin avergonzaros de repetirlo. Buena cosa es repetir para no olvidar. No digáis: “Ya lo dije ayer, lo dije hoy, lo digo todos los días, lo sé perfectamente.” Tu Símbolo sea para ti como un espejo, que te recuerde tu fe y en el que puedas mirarte. Mírate en él, ve si crees todas las cosas que confiesas creer y regocíjate a diario en tu fe. Sean ellas tus riquezas; sean, por decirlo así, el vestido diario de tu mente. ¿No te vestes acaso cuando te levantas de la cama? Viste igualmente tu alma con el recuerdo de tu Símbolo, no sea que el olvido la desnude” (Sermón 58, 13).

Este Símbolo de los apóstoles era la base de la catequesis y de la predicación de Agustín, y parece lógico que toda la riqueza de la teología trinitaria del Símbolo este presente en un libro catequético como es La catequesis de los principiantes, aunque, dado que está hablando a principiantes, es decir, a los que todavía no tienen los rudimentos de la fe, no empieza por los misterios de la vida intradivina..., sino que narra los grandes hechos de Dios en el orden histórico de la revelación... Lo cierto es que en los modelos de catequesis que presenta aparecen con distintos matices la profesión de fe trinitaria, de un modo funcional y dinámico, tal como lo encontramos en el Nuevo Testamento: el Padre que crea mediante el Verbo; el Verbo, su Hijo, Jesucristo, que es enviado y que se encarna tomando la forma de siervo y muriendo en la cruz por amor al hombre; y el Espíritu Santo, inspirador de los profetas y distribuidor de los carismas en la Iglesia. Es en esta economía bíblica de salvación donde aparece el profundo sentido espiritual de la profesión de fe trinitaria.

Agustín quiere que el catecúmeno tenga deseo de la felicidad eterna, que no quiera hacerse cristiano por otras cosas (cfr. La catequesis 16, 24-25; 17, 26-27). Lo que nunca se puede perder de vista es que el fin de toda catequesis es la caridad: “Por supuesto que en todas las cosas conviene no sólo tener presente la finalidad del precepto, es decir, de la caridad, fruto de un corazón puro, de una conciencia recta y de una fe sincera, para dirigir a ella todo cuanto decimos, sino también mover y orientar hacia esa misma finalidad la atención del que instruimos con nuestras palabras” (La catequesis 3, 6).

Caridad o amor de Dios a los hombres que Agustín va desgranando en cada página de este libro. Pero Agustín sabe que una faceta del amor cristiano es insistir en la catequesis cómo se han ido cumpliendo todas las profecías sobre Cristo y la Iglesia

hasta el presente y cómo se seguirán cumpliendo las que restan; insiste en que se aconseje al catecúmeno que no ponga su confianza en ningún hombre, sino sólo en Dios (cfr. La catequesis 7, 11; 27, 55), que se encaminen a gozar de la misma Trinidad: “Pues llegaremos a ser, como esperamos y aguardamos según sus promesas, iguales a los ángeles de Dios, y juntamente con ellos gozaremos de aquella Trinidad en visión directa, en la que ahora caminamos con la fe. Creemos, en efecto, lo que no vemos para merecer, gracias a los méritos de la fe, ver y asociarnos a lo que creemos de modo que ya no proclamaremos con las palabras de la fe y en el sonar de nuestras sílabas la igualdad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, la unidad de la Trinidad y el modo como las tres personas son un solo Dios, sino que nos empaparemos en la contemplación purísima y ardentísima en medio de aquel silencio” (La catequesis 25, 47).

En esta visión sintética de la catequesis que nos presenta Agustín en nuestro libro se puede ver que el centro de toda su perspectiva no es otro que Jesucristo, el Verbo eterno, mediante el cual el Padre creó el mundo, y que se anonadó por amor al hombre hasta la muerte de cruz. Agustín recuerda a los catecúmenos que se acercan para ser instruidos en la fe que deben buscar ante todo la felicidad eterna en Dios; es algo así como darnos cuenta que el misterio de Dios es la primera lección que Agustín propone. A renglón seguido y con multitud de matices, presenta la función mediadora de Cristo a través de la encarnación. Esta encarnación sirve también de ejemplo permanente para que el catequista no se desaliente si el catecúmeno no comprende, de hecho, Agustín pide al catequista que sepa rebajarse como lo hacen las madres: “En verdad, hermano, sólo es grande y verdadera la felicidad que a los santos se promete en la otra vida, mientras que todas las cosas visibles pasan, y toda la pompa de este mundo y sus delicias y afanes igualmente perecerán, y arrastrarán consigo a sus amadores a la perdición. De esta ruina, es decir, de esos eternos castigos, Dios en su misericordia ha querido liberar a los hombres, a condición de que no se odien entre sí y no resistan a la misericordia de su creador. Para ello envió a su hijo unigénito, esto es, a su Verbo, igual a sí mismo, por medio del cual creó todas las cosas. Y este Verbo, permaneciendo en su divinidad y sin apartarse del Padre ni cambiando nada de su ser, tomando la humanidad y apareciendo a los hombres en carne mortal, se presentó entre ellos para que, así como por un hombre, que fue creado el primero, esto es, Adán, entró la muerte en todo el género humano, porque aquel consintió a su mujer seducida por el diablo y desobedeció el mandato de Dios, así por un hombre, que es Dios al mismo tiempo, Hijo de Dios, Jesucristo, todos cuantos crean en él entren en la vida eterna una vez borrados todos los pecados pasados” (La catequesis 26, 52; cfr. La catequesis 10, 15; 4, 8; 27, 55).

El profundo cristocentrismo agustiniano también se refleja en nuestro libro y le hace poner imágenes para que los oyentes se admiren de la mediación de Cristo que por amor nuestro se hace pequeño; Cristo está unido a la vida de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo, a la que pertenecen todos los justos: “Todo lo que leemos en las Sagradas Escrituras fue escrito exclusivamente para poner de relieve, antes de su llegada, la venida del Señor y prefigurar la Iglesia futura, es decir, el pueblo de Dios, formado de entre todas las razas, que es su cuerpo. Y en este se incluyen y se cuentan todos los santos que vivieron en este mundo, incluso antes de la venida del Señor, y cuantos creyeron que había de venir con la misma fe con que nosotros sabemos que ha venido ya” (La catequesis 3, 6).

Cristo nos dio ejemplo para que no busquemos la felicidad en las cosas pasajeras y nos presenta a este Cristo con todo lujo de detalles: “El Señor Jesucristo, hecho hombre, despreció todos los bienes terrenos para enseñarnos a despreciarlos, y soportó todos los males terrenos, tal como él nos ordenaba, de modo que ni en aquellos buscáramos la felicidad ni en éstos temiéramos la infelicidad. Nacido, en efecto, de una madre que, aunque concibió sin obra de varón y siempre permaneció intacta -virgen al concebir, virgen al dar a luz, virgen al morir-, estaba desposada con un carpintero, extinguió así todo el orgullo de la nobleza carnal. Además, nacido en la ciudad de Belén, que entre las demás ciudades de Judea era tan pequeña que aun hoy se llama aldea, no quiso que nadie se gloriara de la nobleza de ninguna ciudad de este mundo. Y también se hizo pobre el que es el dueño de todo y por quien todo fue creado, para que ninguno de los que crean en él se atreva a enorgullecerse de las riquezas de aquí abajo. No quiso que los hombres le proclamaran rey, aunque todas las criaturas atestiguan su reino sempiterno, porque así mostraba el camino de la humildad a los desgraciados que la soberbia había separado de su lado. Padeció hambre el que a todos da de comer; sufrió sed el creador de toda bebida y el que es espiritualmente pan para los hambrientos y fuente para los sedientos. Se cansó en los caminos de este mundo el que se hizo a sí mismo camino hacia el cielo para nosotros. Ante quienes lo insultaban, se portó como un sordo y un mudo quien había hecho hablar a los mudos y oír a los sordos; fue encadenado el que rompió las cadenas de las enfermedades; fue fragelado el que libraba a los cuerpos de los hombres del azote de todos los dolores; fue crucificado el que acabó con todas nuestras cruces; murió el que resucitaba a los muertos. Pero también resucitó para no volver a morir, de modo que, a ejemplo suyo, nadie temiera despreciar la muerte, como si nunca hubiera de vivir para siempre” (La catequesis 22, 40).

Agustín presenta la vida histórica de Cristo como realización de las profecías, pero la encuadra en el esquema de las bienaventuranzas: “Por medio de muchas profecías se anunció más explícitamente a Cristo, no sólo por medio de David en el libro de los Salmos, sino también por otros grandes y santos profetas, hasta el tiempo de la cautividad de Babilonia. Y durante la misma cautividad no faltaron profetas que anunciaron la venida de nuestro Señor Jesucristo como libertador de todos” (La catequesis.. 21, 38; cfr. La catequesis 27, 53). Cristo es el médico que libera a los hombres de toda clase de enfermedad que pueda tener.

MADUROS EN LA FE

La madurez de la fe → Comentario al salmo 147, 10

Son maduros los que saben usar los bienes → Comentario al salmo 149, 1-2

Los que escuchan la Palabra → Comentario al salmo 149, 12

Crea cultura → La ciudad de Dios 19, 17

Son hombres espirituales → Sermón 38, 3

Son los siervos de Dios → Sermón 341 A, 3

¿Cómo crecer espiritualmente? → La Trinidad 4, 6, 10

Escuchando la Escritura → Comentario a Juan 16,3

Investigando → Comentario al salmo 146, 12

La Iglesia nos dice lo que hacer → Costumbres de la Iglesia 1, 30, 62-63

Al maduro se le nota en las obras → La doctrina cristiana 1, 40, 44

Ser pedagogos de la fe → Sermón a los catecúmenos sobre el Símbolo 1, 1

El Símbolo resumen de la fe → Sermón 58, 13

La catequesis empuja a gozar de la Trinidad → La catequesis 25, 47

Cristo nos enseña a busca la felicidad → La catequesis 22, 40

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

- 1.- ¿Cómo crees tú que uno madura en la fe? ¿Ves en tu entorno esa madurez?
- 2.- ¿Te parece que somos personas que nos fiamos y ponemos nuestra confianza en Dios?
- 3.- ¿Estamos ayudando a otros a madurar en la fe? ¿Cómo lo hacemos?
- 4.- ¿Cómo se nota nuestra madurez en la fe? ¿Se dan cuenta los demás?